

CAPÍTULO V

**HISTORIA Y BIOGRAFÍAS SE
ENCUENTRAN Y ENTRELAZAN
DE MUCHAS MANERAS**

De aquella década remota y actual son estas evocaciones, Ellas nos remiten a entrañables escenarios y a seres lanzados, decididos, que dialogaron desde sus sentimientos y convicciones. ¿En qué momento se cruzaron sus vidas? ¿Cómo fueron las relaciones de estos personajes que vivieron para la imposibilidad pero hicieron posibles tantas cosas?

RAÚL EDUARDO Y SU HERMANA MARÍA CLAUDINA

Sin que existiera aún una infraestructura orgánica que lo respaldara, pero con el apoyo de varios sectores de trabajadores del ferrocarril y líderes de Girardot y Bogotá, Raúl Eduardo Mahecha (1884-1939) decidió en el año 22 irse a vivir al recién fundado pueblo de Barrancabermeja, que nació grande por la cantidad de gente que llegó a trabajar en esa hermosa tierra, cuna de la principal explotación petrolera: la de la Tropical Oil Co., conocida como la “Troco” (subsidiaria de la actual Exxon). Su decisión era apoyar a los trabajadores del oleoducto Barranca-Infantas, así como a quienes laboraban en la refinería y, en general, a la población en sus reclamos contra los atropellos de la compañía norteamericana.

En Girardot se le había hecho un sencillo acto de despedida en la casa del “Alto de la Cruz” de Lolita y Urbano Trujillo, por parte de Juan C, Dávila, del joven Angel María Cano, Jorge Del Bosque y otros amigos. Allí estaba Jorge Uribe Márquez, quien iba de paso para la población cafetera de El Líbano.

Ninguno ignoraba la posición independiente de Mahecha respecto de la candidatura liberal que ellos apoyaban. El no creía en las promesas de *los de arriba* y menos aún en la idea de reclamar participación en sus gobiernos, actitud que le valió, después de la lección fulminante, más respeto y confianza entre sus compañeros. Para entonces Mahecha era un hombre formado; nacido en El Guamo (Tolima) había participado en la guerra de los Mil Días, en la que se enroló siendo casi un niño en el bando conservador. Posteriormente su pensamiento se fue transformando en la medida en que vivía al lado de los trabajadores, recorrido que hizo con firmeza y originalidad porque no separaba la defensa de sus intereses de las creencias y tradiciones populares, que más bien impulsaba por hacer parte de ellas.

Mahecha era un hombre intuitivo, con sentido del mito, amante e influenciado por la naturaleza. Tenía un rostro moreno y en su piel le quedaban

leves huellas de viruela, por eso algunas veces le decían “Mediotuso”. De ojos muy negros y mirada al frente, se destacaba por su facilidad de palabra y su oratoria y al igual que muchos de sus compañeros, como correspondía a ese tiempo, era también buen jinete y de inagotable resistencia para caminar y nadar. De sus viajes a los países centroamericanos hizo escuela y a su regreso empezó a escribir editoriales en periódicos obreros de Girardot y Medellín, que hacían reflexionar sobre temas sentidos, como el siguiente fragmento en el que muestra parte de su propio proceso:

“Cuando en 1914 se ventilaba en las Cámaras el asunto del trabajo conciliatorio en los EE.UU., que tendía a reanudar relaciones amistosas con esa potente nación y a reparar en parte la herida que en 1903 hiciese a nuestra soberanía, guiados de una intuición patriótica protestamos ante nuestros superiores, a pesar de nuestra corta edad, de aquella aprobación que considerábamos como lesiva para nuestra dignidad de pueblo libre.

Pero las amonestaciones de nuestro padre y de los maestros tendientes a hacernos ver el marcado interés para el porvenir comercial que a nuestra patria traería tal tratado, hicieron que reaccionáramos en favor de él, aunque allá en el fondo de nuestra conciencia de niño, de patriota, una voz gritaba siempre ¡no! Más tarde tocónos salir de nuestro país y vivir cerca de aquella nación; entonces, en el trato directo con ellos llegamos a tener el pleno conocimiento de que personalmente el americano era bueno, noble, leal y desinteresado. Sus industrias y sus hombres se captaron nuestras simpatías y llegamos a ser acérrimos partidarios del Tratado.

Mas como las apariencias engañan, engañados por ellos fuimos. No habíamos creído que en el país de aquellos buenos amigos hubiese hombres en cuyos pechos germinase aún el morbo del imperialismo.

(...)

El Senado americano ha dado un paso que deja al descubierto todas sus intenciones y aquellos que llenos de fe confiados en su nobleza, hemos podido observar que tras ese barniz se ocultaba el deseo insaciado de rapiña. De rapiña digo y no de conquista porque no conquista hubo sino rapiña: fue el caso de Cuba, el de Puerto Rico, el de Nicaragua y el de Panamá. Y víctimas iguales lo están siendo Costa Rica y Honduras. Y acabarán por ser víctimas también Centroamérica y toda la América Latina si no ponemos más eficacia en nuestra unión y no solidarizamos más nuestros comunes intereses”.

El Luchador. Medellín, agosto 14 de 1919

La anterior muestra da la medida de por qué Mahecha partió para Barranca a enfrentarse directamente con los representantes del imperio y

consecuente con lo que pensaba, se dedicó a organizar a los trabajadores de los campos petroleros de la Tropical. En esa labor participó María Claudina Mahecha, no como acompañante o *añadido* de las actividades organizativas. Ella tuvo la misma claridad, decisión y empeño de su hermano y como él, dejó de lado la posibilidad de una vida apacible para dedicar el poco tiempo de existencia que le quedaba a la causa en la cual creyó. Posiblemente su temprana desaparición facilitó el olvido posterior de su nombre, pero su atención en la calle y en la oficina abierta a los problemas de los trabajadores fue permanente. El 12 de febrero de 1923, ocho meses después de haber llegado Mahecha con su hermana a Barranca, fundaron, en medio de un cariño general, la famosa Unión (Sindical) Obrera de Barranca. De ahí en adelante –escribió alguna vez Mahecha a Tomás– empezó realmente mi vida revolucionaria. De la situación de Barranca en aquella época y del papel que dentro de ella jugó Mahecha hablaré más adelante.

CAMPEÓN DE LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

De Jorge Uribe Márquez (1894-1960) se han ocupado las crónicas de los periódicos para recordarlo como uno de los oradores más brillantes y resistentes que se haya conocido en el Congreso; o como el segundo hombre a bordo de la “JEGA” (el movimiento que encabezó Jorge Eliécer Gaitán años después) y director del famoso periódico *Jornada*; o también como el autor de los primeros proyectos de ley sobre el divorcio. Pero han olvidado –o han querido olvidar– la época que el mismo Jorge catalogara como la más fructífera de su vida: los años Veinte.

Sus amigos lo vieron como impulsivo y racional, demonio y santo, loco genial o cuerdo peligroso y de él quedaron anécdotas sin fin; como aquella de su facilidad para disfrazarse y disfrazar a los demás cuando eran buscados por la policía, en los años difíciles del socialismo revolucionario.

Siempre se comentó la utilidad y eficacia de su capacidad de acción y movilización emprendida en los años 22 y 23, pasando de una a otra ciudad y haciendo estaciones intermedias. Vivía enterado de lo que pasaba en cada sitio por lo que en algunas regiones lo llamaban “El Correo”. En Cúcuta ejerció su profesión de abogado criminalista en casos muy sonados que le dieron popularidad y dinero. Gran parte ese dinero lo gastaba en Medellín, su ciudad natal, impulsando círculos literarios no exclusivos ni elitistas sino de arraigo popular. Era amigo de muchos, fue él quien presentó o relacionó



Jorge Uribe Márquez en la tumba de Tomás, 1937

a María Cano con Mahecha. A Bogotá venía invitado a algunas reuniones o a departir con “José Mar” y Luis Tejada, especializados en Lenin y la Revolución Rusa, y en general con los inquietos grupos de la tintorería de Savinski, porque hacía parte de ellos y era considerado el orador *de mostrar* para ciertas ocasiones (en la Plaza de Bolívar fue quien anunció la adhesión del PS a Benjamín Herrera). Sus discursos fueron más bien una colección de incendios y dejaron historia. A las compañías americanas y sus representantes aludía de frente en las plazas públicas, con una jerga árida: *...La historia tendrá que acabarlos de condenar y el infierno también* terminó diciendo una vez en medio de una salva de aplausos. En Bucaramanga desafió en duelo al gerente de la Tropical, Mr. J. F. Lehan, fijándole sitio, fecha y arma para un encuentro al que naturalmente sólo asistió el retador acompañado de su padrino y seguidos de un grupo de trabajadores que maldecían y echaban pestes de los gringos.

De la oligarquía no se le quedó nadie entre el tintero: *El presidente y su beodo ministro* –así se refería al general Rengifo en una manifestación pública de Bucaramanga en 1927– *sufren una enfermedad especial que no les permite darse cuenta de que el mundo cambia... se llama retraso mental*. Y en El Líbano

se le tornó la situación difícil según este testimonio de un veterano: *Jorge Uribe Márquez vivió aquí mucho tiempo, yo tengo un libro de él (El Divorcio en Colombia), ese libro está dedicado a mi papá. Fue abogado muy notable y gran orador... El salió de aquí a raíz de las elecciones del año 26, cuando eligieron al godo Abadía, después de un discurso en que dijo para terminar algo así como... "Vamos a empedrar las calles de El Líbano con cabezas de curas y de godos". El cura de aquí que era mala persona, le presentó un memorial al Presidente de la República por lo que dijo Jorge Uribe Márquez. El estaba aquí con el hermano de Gerardo Molina,* Juan C., profesor de derecho minero, eran muy amigos y ambos antioqueños... de verdad que Jorge Uribe fue pantalonudo.*¹⁴

"Campeón de la libertad de conciencia" irían a llamar a Jorge a partir de 1925, por su lucha contra la pena de muerte y por haberse convertido en abogado defensor de los presos sociales (políticos). En El Socorro, Santander, fundó *Pluma Libre* ya como vocero del PSR, y dirigió en Bucaramanga *Vox Populi* en el año 28. Allí mismo sufrió cárceles pero desde la celda continuó escribiendo a sus lectores:

Nuestra pluma, nuestra palabra, nuestro entusiasmo y nuestra vida misma pertenecen al socialismo revolucionario, así sean de implacables las persecuciones oficiales contra nosotros.¹⁵

Alguien tendrá que decirle a las futuras generaciones cómo luchamos por ellas en las veredas, en las capitales y en la misma cárcel.¹⁶

FRANCISCO DE HEREDIA MÁRQUEZ (1889-1927)

Por su entrañable amistad, identidad política y sostenida comunicación con Tomás, es imposible separar la vida de estos dos revolucionarios. De Heredia llegó a Colombia (a Medellín) en los comienzos del año 22, venía de México, Costa Rica y Panamá, en este último país había estado en contacto directo con Tomás. Pero, ¿quién era Francisco De Heredia?

Mencionado en numerosos escritos lacónicamente como figura del PSR, socialista que "abrigaba una concepción política que lo situaba bien

* Gerardo Molina fue dirigente socialista, escritor, catedrático.

¹⁴ Entrevista realizada en 1991, en poder de la autora.

¹⁵ Carta a María Cano fechada 23 de junio de 1928, profusamente publicada. Aparece en el Periódico *Vox Populi* de Bucaramanga del 4 de junio de 1928. Tomado de: Marín Iván *María Cano en el amanecer de la Clase Obrera*, Instituto Sindical María Cano, ISMAC, Bogotá, 1985.

¹⁶ Periódico *Pluma Libre*, Sogamoso, 1927.



Francisco De Heredia Márquez, 1925

adelante de sus contemporáneos¹⁷, personaje de importancia, etc., también fue *bautizado* como “clubman”, “aristócrata” y otras ubicaciones que al quedar en el aire sirvieron para invalidar su real compromiso y el aporte que dio por lo que creyó y luchó. La verdad es que a las personas que volvían de Europa se les consideraba como aristócratas cosmopolitas por aquello de que sólo podían ir a ese continente jóvenes de familias adineradas y De Heredia pertenecía a una de ellas.

De Francisco De Heredia se podría decir que era una personalidad democrática tal y como hoy lo entendemos, y fue otro convocante de la rebeldía. Detestaba las diferencias de clase y por eso nunca estuvo de acuerdo con el sistema de su tiempo. Siendo dueño de una inteligencia despierta y un pensamiento crítico, se sumergió siempre en proyectos colectivos.

¹⁷ Medina, Medófilo *Historia del Partido Comunista de Colombia*, Centro de Estudios e Investigaciones Sociales. CEIS, Bogotá. 1980, págs. 81 y 82.

Recordemos los años compartidos en Europa con el grupo de estudiosos, sus actividades intelectuales y su relación con los hermanos Uribe Márquez; después de esa etapa De Heredia partió para Italia por algunos años. Suele suceder que hay países o ciudades que dejan huellas imborrables cuando se viven con intensidad, eso le sucedió con aquel país, inclusive por su vida sentimental y desde luego por su vida política. La experiencia italiana lo dejó impactado, le impresionaba de manera especial lo que allá acontecía y lo estudiaba; como la magnitud del surgimiento del fascismo o el desarrollo de los Concejos Obreros Italianos. En Roma conoció algunos dirigentes latinoamericanos y allí inició sus lecturas de Carlos Marx.

Por todos estos antecedentes De Heredia no llegó a Colombia como solían (y suelen) llegar los hijos de la burguesía; no le interesaba recibir embajadas, ministerios y demás posiciones de dinastía, prefirió abandonar ese camino para meterse al lado opuesto, es decir, escogió lo difícil, no lo fácil. Nunca alardeó de lujos o aficiones inútiles, sabía que la acumulación de capital era producto de la languidez de muchos y por eso se autoabastecía con su propio trabajo. Dejó el dinero heredado de su padre* para comprar mimeógrafos, papel, máquinas de escribir y otros elementos propios de estas lides.

No fue empresario teatral, como se lee en “Los Inconformes”; posiblemente esta deducción la hizo Torres Giraldo porque De Heredia poco mencionaba su vida anterior, o porque lo conoció en una de sus gestiones para cooperar con unos parientes cercanos, los hermanos Uribe De Brigard, en la traída de una compañía de teatro lírico español, cuestión accidental. Estudió Ciencias Políticas en Londres y dominaba cuatro idiomas.

En su infancia provincial sus primos (María Cano y los hermanos Uribe Márquez) lo llamaron “El Mico” por su agilidad para subirse a los árboles y con ese apodo lo conocieron sus compañeros socialistas revolucionarios. El “Mico” Heredia evidentemente era socio del Jockey Club y era allí donde aparentaba ser un burgués perezoso y gozón con ciertas ideas locas. El y sus compañeros siempre creyeron útil su frecuencia a esa sede exclusiva, para enterarse de lo que pensaban los oligarcas de entonces e informarse de sus planes y decisiones.

* Gabriel De Heredia. Liberal. Murió en la Batalla de Palonegro, Guerra de los Mil Días.

Claro está, se necesitaba tener la personalidad polifacética del “Mico” porque según decían, *ningún otro pisco lo hubiera podido hacer tan bien*. Jovial y dicharachero, parece que encantaba a los señores del Jockey por sus anécdotas, sus especulaciones filosóficas y sus aficiones al teatro. *El ponía de su parte*, contaba Miguel Angel, uno de los muchachos que De Heredia había recomendado en el club como botones. Este joven, muchos años después refería: *A partir de la derrota de las elecciones y con la jefatura del general Herrera, vino la gran convención Liberal de Ibagué en 1923, en la cual la consigna central fue tomarse el movimiento de masas que se estaba desarrollando en el país. Entonces vino una lucha contra los liberales que planeaban esa absorción. Los liberales decían una cosa en los periódicos y hacían otra a la hora de la verdad, y de aquellas cosas que nunca se saben es que Francisco De Heredia sí se enteraba bien de ciertos planes, o si no los socialistas no les hubieran podido salir adelante tantas veces... Se enteraba bien porque los oía en los salones del Jockey.**

Año y medio antes de su arribo a Medellín, en la ciudad de Panamá, De Heredia y Tomás habían estado en contacto directo con los revolucionarios venezolanos en una relación política muy estrecha que dejó para Uribe Márquez la experiencia del **Libro Azul**, nombre que ambos le daban a esa etapa de finales de 1921 y comienzos del 22.

LAS DOS CARAS DE “EL LIBRO AZUL”

Ese relato es uno de los primeros recuerdos que tengo de Tomás, cuando sus amigos le pedían que les leyera algunos trozos, lo que siempre alargaba las tertulias... Se trataba del original del “Libro Azul de Venezuela”. Un gran libro empastado en cuero negro con letras doradas en el lomo y unas 200 páginas escritas a mano con esa perfecta escritura de entonces, tinta indeleble azul-morado, impecable. Había sido escrito y editado en ese país, pero no quedaba ninguna copia, era casi una leyenda. Parte de la historia de ese libro fue así:

Cumplida la gestión de la compra de la maquinaria para el periódico *Gil Blas* en Nueva York, Tomás regresó a Panamá, allí se reencontró con Francisco De Heredia y ambos entraron en conexión con unos amigos

* Grabación en poder de la autora.

venezolanos que habían conocido en México, era un grupo de desterrados en lucha contra el dictador Juan Vicente Gómez.* Estos amigos relacionaron a Tomás y De Heredia con el general Emilio Arévalo Cedeño, llamado “Jefe de los Ejércitos de la Revolución Venezolana”.

En ese tiempo Tomás escribía con el seudónimo de “Ascanio Dumanis” las aventuras de un personaje de ficción, satírico, que reflejaba la vida bogotana al que le puso por nombre “Juan Máximo Gris”. Pero esas crónicas se acabaron en Panamá, porque Tomás se fue apasionando con las actividades políticas de sus amigos hasta llegar a formar parte de ellas y canceló sus compromisos con el diario bogotano *Gil Blas*.

Panamá en esos años fue punto de encuentro de gentes de diversas corrientes que encarnaban ideales continentales de lucha. En torno a esa visión, que se materializó por todo el decenio en un “proyecto Pan-latino”, se encontraron más de una veintena de hombres de Venezuela, Ecuador, Nicaragua, Colombia, México, Perú, Cuba y otros países: proyectaban un organismo continental que englobara una alianza de todas las tendencias sinceramente revolucionarias de América Latina. Esa fue una parte de la versión dejada por Tomás de lo que vivió en Panamá, la otra se refería al proyecto de los venezolanos, los que anhelaban el derrumbe del sanguinario Juan Vicente Gómez y rechazaban la entrega y robo del petróleo, de la cual el dictador era principal artífice. De Heredia y Tomás se identificaron con esa lucha hermana y el segundo aceptó sin vacilar la tarea que al poco tiempo le encomendaron: escribir un documento sobre la situación interna de Venezuela. Este trabajo quedó bajo la responsabilidad de Carlos León, segundo hombre después de Arévalo Cedeño, Tomás y De Heredia. Los tres planearon la acción: De Heredia se quedaría en Panamá en comunicación, atento a cada paso de Tomás quien debía desplazarse a Venezuela, lo que constituía de hecho una situación de peligro; pero una casualidad excepcional hizo que este episodio adquiriera ribetes de novela. Es de anotar que la personalidad de Tomás encajaba en este riesgo que tomó como propio. Muchas veces prefería lo difícil a lo fácil, lo imprevisto a lo rutinario, el riesgo a la tranquilidad; además respondía a su pensamiento. En cuanto a la casualidad excepcional que surgió en los momentos de tomar tal determinación, ésta merece un punto y aparte y fue así:

* El general Juan Vicente Gómez fue presidente de Venezuela de 1908 a 1915, de 1922 a 1929 y de 1931 a 1935.

Unos amigos del dictador Gómez buscaban afanosamente, por encargo suyo, un periodista que escribiera las *bellezas* del régimen en el propio terreno y en medio del panorama de tempestades que vivía Venezuela.

El título debía ser algo así como **El libro azul de Venezuela**. Teniendo en mente su misión política, Tomás se presentó y fue escogido entre varios periodistas. Así obtuvo el contrato que, a la palabra (en esos tiempos la palabra valía), debía cumplir en 3 ó 4 meses, una buena remuneración y una casa para ubicarse adecuadamente en Maracay, para donde salió muy pronto. Los primeros cinco días lo alojaron en la mismísima Hacienda de “El Paraíso”¹⁸ propiedad del General, luego lo reubicaron en una casa central de la ciudad, con todo y ujier.

Así comenzó Tomás su doble trabajo. Como huésped del presidente nadie dudaba de él, se movía a su antojo de una ciudad a otra, de día o de noche, tomándose todo su tiempo para leerle trozos al encargado de don Juan Vicente, un hombre de mirada dura y labios apretados, imagen de la aspereza y el cálculo. A la vez formaba parte del engranaje revolucionario en un país donde el miedo habitaba cada casa; donde se asesinaba oficialmente y la tortura servía de inspiración a otras castas latinoamericanas.

Cada página del Libro Azul, no el titular sino el secreto, que escribía con ritmo acelerado, era una patética denuncia de la situación interna con toda su corrupción y perversión. Una vez terminado iría a su destino (Caracas) para salir a la luz. Simultáneamente, el escrito oficial lo hacía lento, y de él, Tomás recordaría después: “...Casi me cuesta “un cariño” de don Juan Vicente porque no le puse adjetivos como los estilados por los muchos Vallenitas Lanz* que explotan a los tiranos”.

El diferente ritmo de trabajo permitió que el objetivo se cumpliera: cuatro meses después el libro clandestino entraba en prensa. Unas horas más tarde Tomás debía desaparecer dejando la corrección de pruebas en manos de otro compañero. Pero... por alguna desgraciada casualidad –o quizá maliciosas sospechas– el libro dejó de ser clandestino cuando empastaban los últimos ejemplares y como era de esperarse, las órdenes del tirano de Maracay fueron fulminantes: iquemar el libro secreto en el mismo lugar de su publicación y localizar inmediatamente al indeseable colombiano! De los trabajadores de la imprenta no se volvió a saber jamás.

¹⁸ Entrevista a Tomás Uribe Márquez. *El Espectador*, marzo 3 de 1929.

* Se refería a un periodista venal de la época.

Tomás, con la ayuda de compañeros venezolanos, huyó esa madrugada hacia Panamá llevando consigo aquel original. Allí lo esperaba De Heredia. Fue él quien avisó a Jorge Uribe Márquez y a Jaime Nevares (nombre de combate del norteamericano James Harfield) de la huida de Tomás de Venezuela y su arribo a Panamá, para que acudieran en su ayuda. Ambos se responsabilizaron de la segura llegada a Colombia del importante compañero que traía conexiones con los revolucionarios venezolanos.

La *petite histoire du livre bleu de Venezuela* fue para mí como un enigma porque mientras estuvo a mi alcance nunca pude leerla por estar escrita íntegramente en francés. Mantuve el original por años junto a otros documentos escritos y gráficos: cartas de María Cano a Tomás, Enriqueta y otros dirigentes; datos y mapas del sistema organizativo del PSR; fotografías del Tercer Congreso, de manifestaciones y de huelgas; un borrador del Programa del PSR, algunos ejemplares de *Revolución*, el periódico de los socialistas en Bogotá; mensajes del venezolano Arévalo Cedeño a la CON y al PSR; planos de trochas y regiones del Tolima enviados por Quintín Lame; el diario de cárcel de Tomás; aspectos organizativos de la historia de las Bananeras, así como algunos brazaletes que los trabajadores usaron antes y el día de la masacre. Son documentos que hoy deberían reposar en una Biblioteca Nacional, como aporte a la historia y a la cultura del país, y que me fueron arrebatados en un allanamiento a mi casa –marzo del año 77– por la IV Brigada de Institutos Militares de Puente Aranda. A la presente, ignoro su paradero.

Terminado este episodio la decisión de los dos (Tomás y De Heredia) fue la de regresar. Ellos tenían desde antes comunicación con María Cano y varios dirigentes socialistas; a través de esas cartas estaban enterados de nombres, problemas, perspectivas y esperanzas de quienes estaban en la lucha diaria colombiana.

De Heredia fue el primero en llegar a Medellín, pero preocupado por la persecución a Tomás de parte del gobierno venezolano, tomó la exagerada determinación de hacer llegar a la familia Uribe Márquez la noticia de su *fallecimiento*; suponía que de las iras del dictador Juan Vicente Gómez y su muy buena relación con el presidente colombiano, Tomás debía cuidarse por lo menos en ese primer tiempo.

Tras semejante aviso la madre de Tomás cubrió los muebles de la sala, piano y cama de su hijo con velos negros, en la casa se hablaba a media voz y hasta los oficios de la cocina se hacían sin ruido. Pero esto no duró mucho

porque Tomás llegó detrás de De Heredia y Medellín les sirvió de antesala para enrutarse con dirección a la política en su propio país, labor que inició *a la sombra*, cuidadosamente, por las circunstancias anotadas.

La intención de Francisco De Heredia tampoco era mostrarse, por el contrario, deseaba hacer un trabajo discreto, prestar una colaboración efectiva pero las situaciones lo abrumaron, el año 22 era de confusión y desorden para los socialistas.

Ese fue el panorama encontrado por De Heredia y por supuesto el mismo que vio Tomás. Pero si bien era preocupante que no hubiera una cohesión para enfrentar el régimen antipopular y políticamente reaccionario, también era alentadora la existencia de esos sectores móviles e innovadores que con diferencias y dificultades, eran solidarios entre sí. Alentadora era la fuerza de los trabajadores, el ambiente que se respiraba en sus luchas, el despertar de la conciencia colectiva, en fin, el espíritu que caracterizó esos años pero que en ese instante necesitaba una inyección de organización, coordinación y comunicación.

Así las cosas, casi inmediatamente después de la llegada de De Heredia sucedió lo inesperado para él: con improvisación y completa aceptación lo eligieron Secretario General del primer partido socialista. Su postulación la hicieron entre otros Juan C. Dávila, Vela Solórzano y los líderes obreros de Girardot. Esto fue para él de gran aliento e importancia, porque estando demasiado cerca la extinción de ese partido preparaban con entusiasmo la etapa siguiente de reagrupación, que dio como resultado la organización del Primer Congreso Obrero Nacional.

MARÍA CANO SE ENCUENTRA CON SUS PRIMOS HERMANOS

Después de largos años de ausencia volvieron a encontrarse en Medellín Tomás, Jorge, Francisco De Heredia y María de los Angeles Cano Márquez (1887-1967) a finales del año 22. Felizmente, por la razón sencilla de que existían entre ellos demasiados lazos de afinidad desde muy niños, por ser hijos de tres inseparables hermanas: Tila, Salomé y Amelia Márquez Obregón. Ahora recordaban animosos las comidas, los regaños y los cuidados de infancia porque fueron los mismos; el trayecto a la escuela con la pizarra al cuello, la *sentencia* de “Tom” en Medellín cuando lo excomulgaron, las

rabietas de Jorge, las trenzas de María y las novias del “Mico”. Además de los recuerdos familiares estaban plenos de felicidad por la *resurrección* de Tomás y llenos de emoción por ese encuentro que consideraban demasiado importante; nada casual sino producto de una circunstancia que entre todos crearon mediante su anterior comunicación y conocimiento de lo que se proponían. Querían sus vidas sencillas y entregadas a la suerte de su pueblo, dispuestos a entrar y salir de sus luchas con el mismo ritmo del aire en los pulmones.

Hasta ese momento el proceso de María era el de una persona imbuida de humanismo y un enorme sentido de conmiseración. Vivía en compañía de sus tres hermanas en la casa que les dejaron sus padres al morir. Era un ambiente sobrio, sin lujos pero sin estrecheces y entre ellas siempre predominó un buen entendimiento y amistad. María había leído bastante para su tiempo, para su condición de mujer y para su edad, y si algo le afligía era la pobreza en que vivían muchas familias, al punto de comunicarse con ellas para saber cuáles eran sus necesidades, sus sueños y esperanzas. Esas eran sus preocupaciones, que podrían ser las mismas de otras mujeres que también dedicaban esfuerzos y tiempo para ayudar a quienes consideraban desvalidos. La diferencia estuvo en que María no aceptó la caridad como remedio y resolvió combatir la injusticia; de ahí que iniciara una campaña de agitación social con el nombre de *Comités de Auxilio* para impedir la práctica desalmada de los desahucios. Hay que anotar que si nunca le dijeron *señorita* como era de rigor, fue porque prefirió que la llamaran “Mariacano”, como le decían sus amigos de tertulia. Porque además frecuentaba un círculo de gentes con inquietudes literarias y ella misma había sido una de las fundadoras de la revista *Cyrano* que editaba ese grupo. También escribía para el periódico *El Correo Liberal*.

Esas actividades se veían raras en ese medio pazguato y santurrón de entonces, pero María no sentía ningún temor en desafiarlo; de hecho se necesitaba valor ya fuera para enfrentarse o para ignorar los comentarios que suscitaba cuando salía sola, volvía en la noche a casa o cuando, con amigos, entraba a un café. Todo indica que a María, a pesar de saberse motivo de discusión en muchos mentideros, le sobró ese valor.

Seguramente los temas tratados en los días de ese encuentro por el grupo de primos no fueron simples y, sin que puedan reproducirse porque sería ir más allá de los hechos, por las referencias posteriores de Jorge, por lo metódico de las actividades que emprendieron y los objetivos a los que

apuntaron conjuntamente con otros dirigentes, se deduce no sólo la identidad con que fueron metiendo en orden sus ideas sino las preocupaciones que sentían inmediatas. Tomás y Francisco De Heredia habrían manifestado –según Jorge– que tenían mucho que aprender en Colombia y empezaron por analizar los asuntos que estaban a la orden del día en discusiones y debates. ¿Cómo recopilar las experiencias y producir un cierto orden? ¿Qué pasos dar para la coordinación de los trabajadores en todo el país?

Hasta ese momento muchas de las personas más nombradas sólo se conocían de oídas, María hacía poco había sido presentada a Mahecha y con Torres Giraldo no se conocía. Los problemas a la vista eran complejos, era preciso desarrollar una labor en múltiples aspectos y unas tácticas con la menor cantidad posible de errores; estas debían partir de los mismos trabajadores y de sus dirigentes. Afortunadamente, aunque dispersos, todos ellos iban en una misma dirección como una poderosa corriente eléctrica. Esos tiempos eran así.

Y era precisamente el peso del cambio social lo que incidía en la evolución y acercamiento de María Cano a los problemas obreros y populares. También contaron en ello sus familiares y compañeros porque apreciaron y valoraron sus capacidades; finalmente, en su evolución, fue pieza clave el proyecto PSR en el que María jugó un papel de primera línea. Es decir, ella no actuó sola o aisladamente, ese era un estilo contrario a su manera de ser.

La relación entre María y Tomás estaba marcada por dos épocas; la muy lejana, propia de dos jóvenes primos, con los recuerdos de las normas de acero que se empleaban antaño en los colegios pero también con las lecciones de amables profesores, y la del primer retorno de él a Medellín, cuando llegó de México, oportunidad en que cruzaron secretos de primeros amores y aventuras, se corrigieron versos, escucharon canciones y evocaron poetas, como correspondía a dos románticos con almas parecidas. Después las misivas escritas sin urgencia; un voluminoso paquete de cartas vivas, atadas con una cinta de seda que María conservaba.

Eran tiempos pasados. Ahora hablaban en presente y futuro. Tomás acompañaba a María por la ciudad, conocía sus amigos de tertulia y departía con las gentes que cariñosamente le decían “Mariacano”. Fueron días de reflexión, coincidencias y decisiones que para ella representaron un salto por la cabal comprensión de que no podía seguir enfrentándose sola armada de alfileres al desequilibrio social y a los prejuicios.

PRESENCIA DE TOMÁS

A los compañeros socialistas los fueron enterando de su presencia lentamente, cuestión que corrió a cargo de María, De Heredia y los más cercanos. Tomás era en el medio objeto de alusiones permanentes por venir de una labor revolucionaria en Venezuela, haber vivido los ya lejanos episodios en México y gozar de cierto prestigio ganado en los años que estuvo en Bogotá como periodista. Aquellos fueron motivos suficientes para que se encontrara ante muchas preguntas, consultas y expectativas tales que parecía como si se tratara de la llegada de un hombre con fórmulas para todo. A eso contribuía el cuidado que ponían los más enterados de lo que había ocurrido en Venezuela; no lo dejaban salir solo, atisbaban antes de entrar o salir de algún sitio, le prohibían tal o cual entrevista o le procuraban las que creían convenientes. Pasado algún tiempo el “Mono” Dávila, con quien Tomás no había dejado de escribirse, le preparó en Girardot una reunión (preludio de la Convención Socialista del año 23) en la que lo presentó como *el compañero que esperábamos hace tiempo*. El objetivo era ver los problemas inmediatos y buscarle la comba al palo para declarar la abstención, cuestión a la que le daban el nombre de *huelga electoral o del sufragio*, con lo que Tomás se mostró acorde.

A continuación de aquel encuentro César Guerrero montó cabalgaduras para Tomás y un grupo considerable de compañeros, salieron hacia Icononzo, área de agudos conflictos, para encontrarse con Quintín Lame y algunos representantes de cabildos indígenas¹⁹. Semanas más tarde Julio Ocampo Vásquez y Jorge Uribe Márquez lo pusieron en contacto con Higinio Forero, Pedro Narváez “El Zapatero de El Líbano” y otros dirigentes de esa localidad. Era un viaje que se hacía en ese tiempo de Bogotá a Cambao por carretera destapada en un día, ahí pasaban la noche, luego iniciaban un segundo tramo a caballo hasta Armero en cinco horas; la etapa final hasta El Líbano también se hacía a caballo y por otras cinco horas.

El Líbano era para esos momentos punto neurálgico en la economía nacional y otro polo de atención social, como las bananeras o las tierras que producían el petróleo. De ese centro cafetero las compañías norteamericanas y alemanas sacaban el café de exportación por el río Magdalena hasta el puerto marítimo de Barranquilla.

¹⁹ Documentos de esas fechas incautados en el allanamiento militar de 1977.

Después de su regreso de El Líbano, Tomás hizo otros viajes, en el último de ellos (fecha y sitio no establecidos) se conoció personalmente con Raúl Eduardo Mahecha. Ambos deseaban este momento, se habían leído mutuamente y tenían referencias recíprocas muy precisas por María, Jorge y amigos comunes, inclusive se habían cruzado mensajes; estos dos hombres se entendieron de un golpe y en su relación que duró para siempre primaron la amistad y el respeto, posiblemente por su identidad política y la manera como encararon los problemas.

Para ese momento Tomás no era un líder y realmente no se lo proponía, miraba a su país de manera novedosa, original, en permanente cambio e inició su trabajo pacientemente, tratando de no llamar la atención y no por su condición de fugado del infierno venezolano sino por su estilo y particular manera de ser: él sentía rechazo por quienes usaban figuras exhibicionistas o se empeñaban en figurar. Era *un hombre político*, de acción, un apasionado de sus ideas aunque varios autores se hayan empeñado en retratarlo sólo como el intelectual, el *conspirador*, el teórico.

Se incrustó entonces en una labor de coordinación y organización que apuntara al Primer Congreso Obrero, continuó encontrándose con sus antiguos conocidos o conociendo otros dirigentes populares, oyéndolos, alternando con ellos y sentó base en Bogotá. No tenía ninguna otra dirección preestablecida, la ruta que tomó fue saliendo en la medida en que *andaba camino*; él recogía impresiones y experiencias –era su costumbre apuntarlo todo– que fueron objeto de estudio en los años siguientes, pues sobre los distintos terrenos y conviviendo con la gente escribió las condiciones de vida de los trabajadores de campos y ciudades en una vieja máquina de escribir.

Se ha querido encontrar el pensamiento político de Tomás; en parte, se ve en sus escritos, aunque quizá un noventa por ciento de ellos han desaparecido. Indudablemente se trataba de un pensamiento en evolución al contactar la realidad nacional, bien diferente a la del pasado y otras que él conocía. En uno de sus escritos (ver anexo 2) trató de explicar cómo debían estar organizadas las gentes política y gremialmente, en una clara referencia a la diferencia existente entre la cuestión sindical y la cuestión política. También hace referencia a las diferencias que él entendía debían existir entre el sindicato y las ligas campesinas, de tal manera que en este sentido no dejó confusión alguna. Por eso es errónea, a mi juicio, la afirmación de algunos historiadores que lo han definido como de tendencia

anarcosindicalista. Su pensamiento se manifestó en su actividad, en sus escritos y en la relación y comunicación con los demás.

Me atrevo a resaltar dos aspectos concretos que naturalmente van a desembocar o establecer resultados en otros, ellos son: primero, la importancia que tuvo para él la presencia mayoritaria del campesinado, junto con los indígenas, a quienes consideraba muy cerca los unos de los otros y parte esencial del proyecto socialista. Estos fueron problemas casi obsesivos en sus escritos, sus conferencias, sus charlas a los grupos y en su profesión de ingeniero agrónomo. Y segundo, el fenómeno del colonialismo, que Tomás relacionó con la dependencia de nuestro país tanto del ya menguado imperialismo inglés, como del –para entonces– moderno norteamericano.

En los pocos apuntes que se conservan de Tomás aparecen notas entrecomilladas, comentadas y luego comparadas con Colombia o América Latina, de autores como Juan Andrade, Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky, etc. Hay que anotar que la rigurosidad de las citas no eran lugar común en ese tiempo, por lo menos entre los socialistas colombianos, y lo que Tomás y sus compañeros enarbolaron como la bandera del socialismo no fueron estrictamente sus teorías sino la lucha contra las desigualdades; su problema era cómo cambiar el orden social.

En las lecturas que hacían Tomás y algunos de sus compañeros, según referencias de Enriqueta, Dávila, Elvira Medina y otros, incluían a José Carlos Mariátegui (1894-1930). Evidentemente se aprecia una afinidad política entre las tesis del pensador peruano y la visión de los primeros. A Mariátegui se le conoció en su momento en América Latina, como un analista de la realidad peruana: su opción por la revolución o variación radical del curso de la sociedad, su afán por articular la tradición con la modernización, sus críticas a la democracia parlamentaria y otros planteamientos suyos, si bien es cierto eran conclusiones pertinentes al Perú, no eran ajenas para la realidad colombiana y la de otros países latinoamericanos.

Tomás, como producto de sus viajes, lecturas y amistades, era hombre bien informado. En uno de sus apuntes alude a los países asiáticos con muchos datos económicos, políticos y culturales; en otro al líder cubano José Antonio Mella y su asesinato en México; en varios a los problemas de países suramericanos como Uruguay, Paraguay, Argentina, Chile. Fue él la persona designada por su partido para asistir a la conferencia de la IC en Buenos Aires en 1929, se había preparado teóricamente para mostrar un camino socialista propio, a partir de un país agrario y atrasado. No pudo

asistir por las circunstancias que veremos finalmente. Lo que es importante destacar es su interpretación de los problemas políticos y sociales con una óptica distinta a la europea. Conocido el pensamiento de Mariátegui, es evidente que los socialistas revolucionarios, Tomás en particular, vieron los problemas en forma muy similar, aunque por las referencias ya anotadas, nunca supe que hubiera existido correspondencia entre María Cano o Tomás con Mariátegui, cuestión que se ha llegado a afirmar en algunos artículos de prensa y debe investigarse.